

“YA NO VIVO YO, ES CRISTO QUIEN VIVE EN MÍ” (SAN PABLO)

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

RIMINI 2012

Viernes 20 de abril, por la noche

A la entrada y a la salida:

Johannes Brahms, Sinfonía n. 4 en mi menor, op. 98

Riccardo Mutti – Philadelphia Orchestra

“Spirto Gentil” n. 19, Philips

INTRODUCCIÓN

Julián Carrón

Sea cual sea el sentimiento de sí mismo que tiene cada uno de nosotros esta noche, la percepción que tiene de cuanto está sucediendo al venir aquí, Dios nos ofrece un gesto como nuestros Ejercicios para responder a nuestra vida a través de un hecho, como juicio desde el que retomar el camino, cualquiera que sea el punto en que nos encontremos.

Al comienzo de este gesto nuestro, pidamos al Único que puede hacerlo que abra de par en par nuestro corazón a la gracia que se nos va a dar estos días: el Espíritu de Cristo.

Desciende Santo Espíritu

Os saludo a cada uno de vosotros aquí presentes, y a todos los amigos que están conectados con nosotros desde distintos países, y también a todos aquellos que participarán en los Ejercicios en las próximas semanas desde distintos rincones del mundo.

La afirmación del carácter positivo de la realidad nos ha desafiado a todos; la gran variedad de reacciones ha puesto al descubierto un flanco desprotegido, signo de la incidencia que tiene en nosotros la mentalidad común: se trata de una percepción de la realidad y de nosotros mismos caracterizada en el fondo por una duda terrible, corrosiva, acerca de la consistencia y el destino de la vida, de todas las cosas. Cuántas veces hemos escuchado repetir: «Pero, ¿es verdad que la realidad es siempre positiva? ¿Cómo podemos decir esto frente a todo lo que sucede? Delante del drama de la vida, ¿hay algún punto que se mantenga en pie?». De forma soterrada, más allá de un primer estrato de discursos y de multitud de actividades (en las que estamos implicados), puede acompañarnos una cierta negatividad, que sale a la luz en ciertos momentos en los que se acentúan la dificultad y la contradicción. Detrás de una fachada más o menos triunfalista existe un malestar. Como me escribe uno de vosotros: «A veces percibo un cierto malestar. Vivimos una especie de triunfalismo en lo que hacemos, mientras que por otro lado nuestra vida tiene el tono trágico de una existencia sin esperanza». Esta sombra que se cierne sobre la positividad última, sobre la consistencia de la realidad, no es una cuestión para estudiosos, para expertos en el tema, sino que nos afecta a todos, y

tiene una consecuencia inmediata: la inconsistencia del “yo”. Os leo lo que dice otra persona: «En estos últimos tiempos me he encontrado con personas en las que esta condición de inestabilidad en la que vivimos ha hecho salir a la luz una fragilidad humana. Ante estas relaciones me surge una pregunta: ¿dónde reside la consistencia de mi persona?».

Pero la pregunta puede ser todavía más dramática, como se muestra en esta carta: «Querido Julián, quería contarte lo que está saliendo a la luz con claridad en mi vida a lo largo de estos meses ante la enfermedad de una amiga. Quiero partir de un aspecto que me ha escandalizado enseguida, que no habría querido descubrir en mí, pero que luego ha empezado a ser el punto de partida para entrar en la verdad, es más, diría que es el único punto del que puedo partir para vivir con verdad. Delante de todo lo que estaba sucediendo me di cuenta de que muchas cosas que en estos años he escuchado y cuya verdad y pertinencia he reconocido con sinceridad (y que he repetido a otros con frecuencia), no habían adquirido la consistencia suficiente como para mantenerse en pie ante lo que estaba pasando. Me di cuenta con claridad uno de los primeros días que iba al hospital a visitar a mi amiga. En un momento dado percibí que yo, delante de ella y de su situación, tenía las mismas preguntas que el padre de Eluana; tal cual, unas preguntas no resueltas. Delante de mi amiga en coma, ¿qué podía decir? ¿Acaso no sería mejor morir? ¿Qué es el misterio del “yo”? Me asustaba caer en la cuenta de que tenía estas preguntas. Muchas personas a mi alrededor pedían un milagro, pero en mi caso la cuestión tocaba un punto que ni siquiera el milagro de su curación habría resuelto. También yo quiero que se cure, pero hay una exigencia mayor en mí, porque aunque ella se curara, antes o después me sería arrebatada de nuevo, yo le sería arrebatado a ella y a los demás. ¿Quién salva toda su persona, toda mi persona? ¿Quién salva todo? Me escandalizaba y me asustaba esta humanidad mía tan distinta de la imagen que tenía de cómo habría que estar ante una circunstancia como ésta, y me veía más árido que apasionado, no tenía palabras ante lo que sucedía. Se ponía de manifiesto una inconsistencia de mi persona que habríapreferido no tener que mirar. Era como si la herida de mi incapacidad, mi indignancia e impotencia para ser verdadero, saltase de repente de forma descarada. Una desproporción insalvable. Pues bien, esta es mi humanidad verdadera, esta congoja por la imposibilidad de ser verdadero, de estar ante la realidad con verdad, aunque sólo sea un instante: ahí te das cuenta de que eres necesidad desde el origen de tu persona, no después de algún paso que consigues dar. Necesidad total. Y entonces, justamente esta humanidad que no habría querido tener que mirar, se ha convertido en la puerta para empezar a entrar en la realidad de forma verdadera. Tenía mucho interés en contarte todo esto porque me doy cuenta de que el gran trabajo que se me pide es aceptar la lucha por recuperar continuamente mi auténtica humanidad (y esto no es automático, es más, ¡requiere mucho trabajo!) para seguir por el camino que nos estás indicando».

Esta carta expresa el alcance del desafío contenido en la afirmación de la positividad de la realidad. No sería suficiente el milagro de la curación, con el que a veces queremos contentarnos para no mirar a la cara la verdadera cuestión: «También yo quiero que se cure, pero hay una exigencia mayor en mí, porque aunque ella se curara, antes o después me sería arrebatada de nuevo, yo le sería arrebatado a ella y a los demás. ¿Quién salva toda su persona, toda mi persona? ¿Quién salva todo?». Es decir: ¿hay algo que impida que todo acabe en la nada? Nuestro amigo intuye que la respuesta tiene que ver con la recuperación de su verdadera humanidad. Me asombra que se haya puesto de manifiesto tan claramente entre nosotros, porque identifica el rasgo fundamental de nuestra cultura, que nos impregna mucho más de lo que pensamos.

¿Cuál es este rasgo de nuestra cultura?

De nuevo nos ayuda don Giussani en este aspecto. En 1994, en una entrevista concedida a la revista *30Giorni*, indicaba el nihilismo como «el carácter mortal de la cultura moderna, tal como es sufrida por todos en la actualidad en cuanto mentalidad común [...]. El nihilismo es la consecuencia inevitable, ante todo, de una presunción antropocéntrica [nuestra] según la cual el hombre es capaz de salvarse por sí mismo». Es un nihilismo que tiene raíces antiguas, en la «rebelión de los siglos XVII y XVIII, en ciertos aspectos antes incluso, con el mismo protestantismo, hasta llegar a nuestros días. [...] Como símbolo de lo que quiero decir [...], explico siempre a los chicos la poesía de Montale: “Tal vez una mañana caminando bajo un aire de vidrio, / árido, volviéndome, veré cumplirse el milagro: / la nada a mis espaldas, el vacío detrás de mí, con terror de borracho. // Luego, como en una pantalla, se detendrán de pronto / colinas casas árboles para el común engaño. / Pero será muy tarde; y yo me iré callado, / en medio de los hombres que no se vuelven, con mi secreto”»¹.

La nada a mis espaldas y el vacío detrás de mí: la poesía de Montale dice algo que todos nosotros, como hombres adultos, conscientes, conocemos perfectamente y constatamos continuamente: que las cosas no tienen consistencia en sí mismas, que nos muestran un carácter efímero. A partir de esta «percepción vertiginosa de la apariencia efímera que tienen las cosas se desarrolla comocapitulación y negación engañosa la tentación de pensar que las cosas son ilusión y por tanto nada». Es decir: «Las cosas que tienes, las personas con las que vives, o no son nada (nihilismo) o bien son parte indistinta – y por tanto tú eres parte indistinta – del Ser». Por consiguiente, «o nihilismo o panteísmo. Estas posturas constituyen hoy día la respuesta última a la que todos se abandonan y que nos abarca a todos a falta de un apoyo sólido y claro»².

¿Por qué se produce esta falta de apoyo sólido y claro que nos hace ceder al nihilismo o el panteísmo? Porque muchas veces nuestro sentido religioso es más sentimental que fruto de un trabajo. Lo más impresionante es la conclusión que extrae don Giussani; a falta de este trabajo, que habría proporcionado un apoyo sólido y claro, ¿dónde puede buscarse la solución? Nihilismo y panteísmo tienen en común «la confianza en el poder, el codiciar el poder de cualquier manera que se conciba, en cualquier versión». El poder es afirmado «como única fuente, única forma de orden», como la única posibilidad de evitar el caos. «En el fondo, es la concepción de Lutero que lleva al Estado absoluto: ya que todos los hombres son malos, es mejor que haya uno solo que mande, o que manden pocos. [...] ¿Cómo se pasa del nihilismo y del panteísmo a tener como objetivo el poder? Si el hombre, al reducirse en última instancia a una mentira, es una ficción, se siente como una ficción, una apariencia de ser; si su “yo” nace totalmente como parte del gran devenir, como simple resultado de sus antecedentes físicos y biológicos, no tiene ninguna consistencia original: [...] tanto el panteísmo como el nihilismo destruyen lo más inexorablemente grande que hay en el hombre; destruyen al hombre como persona»³.

Esta es la consecuencia extrema del nihilismo y del panteísmo: destruyen nuestro “yo”. En otro texto don Giussani lo dice con una fórmula fulminante: «El nihilismo no ve necesariamente el mundo reducido a cenizas y a nada; lo que el nihilismo reduce a cenizas y a nada es el “yo”, el sujeto»⁴. Y nosotros percibimos tal reducción en nuestra inconsistencia, en nuestra incapacidad de estar en la realidad; por

¹L. Giussani, «C'è perché è presente», entrevista a cargo de G. Andreotti, en *30Giorni*, n. 10, 1994, pp. 11-12.

²L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 13.

³*Ibidem*, pp. 14-15.

⁴L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, Bur, Milano 1996, p. 401.

eso nos asalta el terror ante ciertas circunstancias o momentos de la vida.

Sólo podremos salir de esta situación, de esta reducción evidente del yo en la que todos caemos muchas veces, si nos comprometemos a hacer un trabajo que nos permita recuperar nuestra auténtica humanidad, es decir, que nos haga conscientes de dónde se halla la consistencia original de nuestro “yo”. Es necesario que el hombre – cada uno de nosotros – rechace reducirse a ese positivismo racionalista que le lleva al nihilismo o al panteísmo: de hecho, ambos son hijos de un racionalismo que reduce el signo a apariencia, de un positivismo asfixiante que amputa la capacidad de la realidad de remitir a algo distinto y la encierra dentro de su propia medida. Por eso la afirmación de la positividad de la realidad ha supuesto un desafío para todos, porque ha desafiado nuestro racionalismo, nuestra forma de usar la razón, reducida a medida de todo – esta es nuestra presunción –, y ha puesto en evidencia nuestra resistencia (somos como todos) a reconocer el Misterio como parte de la realidad. El positivismo que nos suele determinar permanece escondido, casi sin que seamos conscientes de él, hasta que una situación dramática lo hace aparecer ante nuestros ojos con toda su potencia.

¿Cuál es, entonces, el apoyo sólido y claro que puede resistir en esta situación? ¿Qué podemos hacer? ¿Cuál es el camino que podemos recorrer para no estar a merced de cualquier circunstancia, dominados siempre por el miedo a la nada? Es interesante comparar la respuesta que ofrece don Giussani con la que damos nosotros muchas veces. Algunos han tratado de responder al nihilismo que brotaba desde el fondo de su alma remitiéndose a Cristo, pero dejando intacta la sustancia del juicio. Es decir: la realidad es negativa y lo sigue siendo, pero para nosotros existe un remedio, una compensación, que sería Cristo. Por una parte se sigue afirmando una ontología negativa (como hacen todos); por otra, se invoca la fe – de este modo permanece la fractura que denunciábamos hace años –, pero la concepción de la vida, de la muerte, de la realidad, queda sin tocar, simplemente se ve recubierta de forma fideísta. Giussani no sigue ese camino. El nihilismo implica un uso reducido de la razón, que puede además trasladarse de forma idéntica a Cristo («¿Por qué tenemos que decir “Cristo”?», decimos muchas veces ante ciertos hechos). Si nos saltamos el problema, éste vuelve a plantearse tal cual frente a Cristo. No hay atajos, amigos.

¿Qué es lo que nos hace falta para responder a esta situación, para encontrar ese apoyo sólido y claro que necesitamos para estar en la realidad como hombres, para encontrar de nuevo la consistencia que impida que seamos absorbidos por las circunstancias, por la crisis, por la opinión de los demás?

De nuevo don Giussani viene en nuestra ayuda.

Primero: «La impostura implícita en la postura nihilista consiste en la abjuración evidente, en el hecho de que no se puede decir que todo sea nada, que a mis espaldas esté la nada: se dice que la última palabra es la nada cuando, en cambio, las cosas existen. [...] Hace falta por un lado retomar la evidencia que plantea la realidad, que es la realidad en sí misma: ella no se puede reconducir y explicar con la nada»⁵. ¿Y cuál es la evidencia que plantea la realidad, que es la realidad misma? O también: «La realidad en su ser, la realidad tal como aparece ante la razón del hombre, ¿cómo existe y de qué está hecha? La realidad que aparece ante el hombre está hecha por Dios, “de” Dios. El Ser crea de la nada, es decir, hace partícipe de sí mismo. Es la percepción del carácter contingente de la realidad, o sea, del hecho de que *la realidad no se hace por sí sola*»⁶. Atención, amigos, podemos darlo por supuesto – como hemos escuchado en la carta que he leído antes –, como algo ya sabido, sin mirarlo a la cara y sin llevar a cabo esa recuperación de lo humano, esa recuperación de una forma de usar la razón que nos

⁵ L. Giussani, «C'è perché è presente», en *op. cit.*, p. 12.

⁶ L. Giussani, *El hombre y su destino*, *op. cit.*, p. 13.

permita de verdad no estar derrotados ante la realidad. ¡Pero todos sabemos hasta qué punto no podemos dar todo esto por sabido, hasta qué punto no nos es familiar en nuestra forma de relacionarnos con la realidad!

Ahora bien, al igual que la realidad existe, yo también existo; formo parte de ella. Por eso, nos dice de nuevo don Giussani, «el único misterio verdadero es, por lo tanto, éste: ¿cómo es que existo? ¿cuál es mi consistencia? [...] Estas preguntas identifican el nivel ontológico – no ético – de la cuestión»⁷. La existencia del “yo”, de su libertad, de sus exigencias originales, demuestra Algo distinto, remite a Otro, es signo de un Más allá: si no existe esta conciencia, si esta conciencia no se vuelve familiar, no existo yo. Esta es la verdadera estatura del corazón del hombre, y nadie puede saciarla con sucedáneos, ya sea el dinero, el éxito o el poder. Somos reclamados constantemente a la verdadera naturaleza de nuestro “yo”, a la verdad de lo que somos, porque no hay nada, salvo ese Otro, que pueda satisfacer el corazón del hombre, y por tanto el corazón de todos, dentro de la sociedad. Pero sabemos muy bien hasta qué punto incide en nosotros la mentalidad común, hasta qué punto está enraizada en nosotros y nos empuja a buscar satisfacción donde la buscan todos. Desde siempre, nuestra historia ha tenido que hacer cuentas con la incoherencia de la persona ante la verdad de la propuesta cristiana – lo que siempre hemos llamado “inmoralidad” con respecto a la verdadera moralidad, que es tensión continua hacia el Infinito –. Hoy podemos afirmarlo con mayor claridad aún; estamos llamados a esto. La incoherencia y la equivocación de uno son un reclamo para todos y para la conversión de cada uno.

Segundo: «Por otro lado, Dios ha entrado en esta realidad humana, en esta vida humana. No sólo con su misericordia, con su proceder misericordioso, con su misterioso proceder paterno, sino que ha entrado como hombre, nacido de una mujer. Dios, nacido como hombre de las entrañas de una joven mujer, es en cualquier caso un acontecimiento que sucede, que se introduce en el escenario de la vida del hombre. En virtud de esta noticia, hay un factor que no se puede anular impunemente, que no se puede olvidar fácilmente»⁸, hasta tal punto es irreductible el acontecimiento cristiano.

Al igual que podemos decir que la realidad existe, podemos también afirmar que el acontecimiento cristiano existe, es irreductible: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos»⁹. Y este acontecimiento introduce una mirada sobre el hombre que lo hace irreductible a cualquier error. Es esa mirada que mañana veremos identificada en la mirada de Cristo a Zaqueo. El hombre no es en última instancia aquello que hace, sino que es esa relación con el infinito que Cristo afirmaba al mirar a las personas con las que se encontraba, sobre todo a los pecadores, hasta el punto de escandalizar a todos, igual que sucede hoy en día. Precisamente por haber encontrado esta mirada, podemos reconocer nuestros errores y nuestras equivocaciones sin justificarlos, porque una persona nunca deja de ser tal, sean cuales sean los errores cometidos – y habrá que probar que sean delitos –. Por eso, reconocer la objetividad del error y la necesidad de repararlo (algo que es siempre inmanente a una posición verdadera), no significa de ningún modo rechazar a la persona. Esta es la mirada que ha introducido Cristo en la historia. Muchas veces somos los primeros en escandalizarnos ante ciertos errores, nuestros o de los demás («¡Pero, ¿cómo es posible?!»). No se trata de negarlos, censurarlos o justificarlos; se trata de poderlos mirar para volver a empezar. Pero, ¿desde dónde se puede volver a empezar? «Sólo recuperando la memoria de Cristo, lleno de dolor por haberle olvidado, puede el hombre volver a emprender su camino en el ámbito de cualquiera de sus intereses y en todas sus

⁷*Ibidem*, p. 17.

⁸ L. Giussani, «C'è perché è presente», en *op. cit.*, p. 12-13.

⁹ Mt 28,20.

formas de expresarse, ya que la memoria de Cristo es el contenido normal de la autoconciencia nueva del cristiano»¹⁰. En esta memoria se encuentra la fuente de la moralidad que permite retomar el camino, como tensión para empezar siempre de nuevo, de forma incansable, sea cual sea el error cometido. Aquí radica la moralidad de cada uno y de todo nuestro pueblo. Si es un individuo el que comete errores, siempre podrá retomar el camino y empezar de nuevo; si los errores son nuestros, también nosotros podremos retomar el camino, es decir, dejarnos educar. Es una moralidad que se dará únicamente como tensión y como petición, si nos dirigimos a Dios como mendigos, humillados y por eso humildes, con una certeza que se renueva cada mañana. Como nos enseñó siempre don Giussani citando a Eliot: «Bestiales como siempre, carnales, buscándose a sí mismos como siempre, egoístas y cegatos como siempre, pero siempre luchando, siempre reafirmando, siempre reanudando la marcha por el camino iluminado por la luz; a menudo deteniéndose, vagueando, perdiéndose, retardándose, volviendo, pero sin seguir otro camino»¹¹.

Esta es la conversión que debemos pedir hoy (¡la que más necesitamos todos! ¡todos!): vivir la fe como una experiencia porque, como dice don Giussani, «una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella»¹².

Es imposible que un gesto de estas dimensiones se mantenga sin la contribución y el sacrificio de cada uno de nosotros en la atención a los avisos, al silencio, a las indicaciones que se nos dan. Cada una de estas cosas es la modalidad a través de la cual podemos pedir a Cristo que tenga piedad de nuestra nada, que nos conceda esa conversión que nos hace ser verdaderamente nosotros mismos. Sabemos perfectamente la necesidad que tenemos de ese silencio, que consiste en dejar que penetre hasta la médula cada cosa que se nos diga, para que este silencio se convierta en grito, en petición a Cristo para que tenga piedad de nuestra nada.

¹⁰ L. Giussani, «C'è perché è presente», en *op. cit.*, p. 13.

¹¹ T.S. Eliot, «Coros de "La piedra"», en *Poetas reunidas 1909/1962*, Alianza, Madrid 1995, p. 182.

¹² L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19.